

## **LA ADORACIÓN NO ES INACTIVIDAD SINO TOMAR FUERZAS PARA LA MISIÓN**

***Reflexión dominical de monseñor Rubén Oscar Frassia,  
obispo de Avellaneda-Lanús para el programa radial  
"Compartiendo el Evangelio"  
11 de junio de 2006, Solemnidad de la Santísima Trinidad***

*Evangelio de San Mateo 28, 16-20*

*Queridos hermanos:*

Quiero invitarlos especialmente para el próximo sábado 18, donde realizaremos la procesión del Corpus Christi, que en nuestra diócesis va a ser muy importante porque queremos adorar públicamente la presencia de Cristo en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía.

¡Participemos! Reconozcamos al Señor. Adoremos juntos al Señor. Caminemos con El, acompañándolo.

Nos reunimos en la Av. Rivadavia y Remedios de Escalada. Allí será la misa a las 15, y luego iremos en procesión hasta la parroquia San Juan Bautista.

Cristo nos convoca. Por Cristo estamos unidos en la comunión.

### **Evangelio de hoy: La Santísima Trinidad**

Fijémonos en la Pascua. El domingo pasado celebramos la Fiesta de Pentecostés, del Espíritu Santo, y hoy festejamos la adoración y alabanza a la Santísima Trinidad, en tres personas distintas y un solo Dios verdadero. La distinción no empeña, no compromete, la unidad de Dios.

Nosotros siempre tenemos como referencia a la familia trinitaria, Padre, Hijo y Espíritu Santo porque el mismo Cristo nos ha revelado la intimidad de Dios. Cristo nos dice: "Yo vengo a hacer la voluntad del Padre". El Padre nos dice: "Este es Mi Hijo muy amado, en quien tengo mi complacencia." Y Cristo, resucitado, asciende al Padre, y con el Padre nos envía al Espíritu Santo.

¡Qué hermosa realidad es la Santísima Trinidad!, que nos lleva a una actitud fundamental: la adoración. Cuando uno descubre la belleza divina de Dios, ya no habla sino que contempla, calla, adora y agradece. El Espíritu Santo nos hace respirar –por así decirlo– la belleza divina de Dios.

Las tres personas tienen atributos propios que son importantes destacar: lo propio del Padre es la Creación; lo propio del Hijo Jesucristo es la Redención y lo propio del Espíritu Santo es la Santificación.

*Queridos hermanos:* Que nos demos cuenta de esta inaccesibilidad de este misterio. Pero al Misterio, por más que no lo podamos comprender, nos podemos acercar por medio de la fe. Y por la fe, mirando al Hijo, vemos el rostro del Padre.

Viendo a Cristo y haciendo la voluntad del Padre, vemos que podemos ser santificados, ungidos, revestidos con su gracia, protegidos con su amistad divina. Esa paz que no tiene precio, sino que la compró Cristo para nosotros en el sacrificio redentor de la Cruz.

Por eso esta fiesta es muy importante para nuestra Iglesia, porque tenemos que adorar al Señor en las tres personas, pero un solo Dios verdadero. ¡Qué cosa hermosa es para nosotros reconocer al Padre en el Hijo, y al Hijo y al Padre en el Espíritu Santo!

Que esta Fiesta nos lleve a la adoración. Nos lleve a la contemplación. Cuando uno dice adorar y contemplar, no dice "inactividad" o "cruzarse de brazos". Cuando uno adora a la Trinidad, toma fuerzas para vivir y cumplir con su misión. Todos tenemos una misión. Es muy triste vivir sin saber cuál es el sentido de su vida, cuál es su orientación, cuál es su identidad y cuál es su misión.

Que la Santísima Trinidad nos de fuerzas a cada uno de nosotros, para llevar este mensaje, ser testigos y dar testimonio de esta hermosa realidad: del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Les dejo mi bendición.

***Mons. Rubén Oscar Frassia, obispo de Avellaneda-Lanús***